

A puerta cerrada (3)

## "No me compran con un muslo de pollo"

Testimonios que huyeron de prisión

**D**esafiantes y distantes, unas. Otras, anfitrionas en potencia, nos invitan a pasar un día en la cárcel, cuentan sobre su vida y sobre la exposición de pintura que harán algún día. Se contemplan el cabello y miran al vacío. O cubren con un silencio sepulcral el deseo de olvidar donde está, sus temores o su vergüenza. Recuerdan un día de piscina y el baile que organizan los sábados después de que se van las visitas. Charlan cuando hablan de un grupo de teatro que van a conformar "más teatro del que hacemos". Muestran indiferencia, angustia o envidia por quien terminó de pagar su condena. En algunas hay lágrimas cuando piensan en futuro o ilusión de salir de la Reclusión de Mujeres y no volver a caer. Y allá están las 'matemáticas' que conocen sus derechos, contabilizan cada

minuto y segundo que les falta para salir en libertad, y señalan, en un calendario de su celda, un día de rebaja de la pena, por cada tres de estudio o trabajo.

"Yo no tengo quien me visite; mi mamá está en Caracas y el niño no tiene papá"... "Hágame una llamada por teléfono"... "Mi mamá no sabe que yo estoy acá; ella es muy buena, me ha criado al niño porque yo no fui capaz"... "No me acostumbro, hay gente muy miedosa; claro que mejor me dejo arrastrar, pero no manco"... "Si uno está ocupada no piensa tanta bobada, no se amarga".

Están o han estado en la Reclusión de Mujeres (cárcel de El Buen Pastor). Y escuchamos sus testimonios. Testimonios que huyeron de prisión.

Texto: Margaritainés Restrepo  
SantaMaría  
Fotografías de Jaimar



## ¡Ese polvo blanco!

"Le quería comprar una casa a mi mamita. Llevaba 14 años trabajando en una empresa y pregunté por las cesantías. Eran como ciento cincuenta mil pesos. Al mismo tiempo, un hermano que me debía una plata me pagó con una bolsita de ese polvo blanco. Como yo no tenía ese vicio, lo vendí, y me dieron sesenta mil pesos. Entonces pensé: catorce años trabajando y tan poquitas cesantías, y con esa bolsita me dan tanto. En la empresa me están explotando. Así que renuncié. Puse la plata en Furatena y se me perdió.

Tenía que pagar cinco mil mensuales de alquiler. Sin trabajo y sin nada. Le pedí a María Auxiliadora que me ayudara a seguir vendiendo esa droga, pero sin conseguir tanta plata como para que se me dañara el corazón. Mis bolsitas cogieron fama por el barrio, la ventana vivía llena.

Bueno. Conseguí un carrito y le compré a mi mamá una casa de tres millones de pesos. El día que

me cogieron yo iba para María Auxiliadora. Ella me trajo para la cárcel, porque quien sabe qué me iba a pasar en la calle. Donde no caiga sígo para adelante. Me dieron 46 meses y, dije: Bueno, ya hay que tirar tranquilidad.

Cuando niña me trataban muy mal. Me aporreaban, prácticamente me sacaron de la casa y yo no entendía por qué. Me sentía sola, acomplejada, amargada. En un tiempo, tomé mucho aguardiente y tiré marihuanita. Pero pensé que, de todas formas, yo le tenía que demostrar a mi mamá que la quería, que no debía responder igual. Hasta le ayudé a mi hermanos que me trataban tan mal. Cuando conseguí moto y una platica, eran distintos; claro que era por interés, pero yo se los he dicho. Ahora, creo que la libertad es muy bonita, que la droga está matando mucha gente y que, cuando salga, me gustaría poner un negocio, una taberna, haciendo inventario y todo, con la ayuda de María Auxiliadora". Interna. 32 años de edad.

## Volver a nacer

"Salir, para mí es como volver a nacer. Empezar de nuevo. Siempre dependí de mi esposo y de mi familia. Tengo una hija y la tengo que sacar adelante. Me siento en capacidad para trabajar y tengo buenas relaciones con mi familia. Interna. 25 años de edad.

## Y todas se condenan

"Al principio uno ve todo como animal raro. Pero la forma como lo reciben es cortés, le infunden seguridad. En recepción hay un contraste brusco, porque hay gente muy distinta. Gaminas -como las llaman- con modales, gritos y vocabulario muy diferente. Uno ve un enemigo en todos. A veces es difícil, se forma como un círculo vicioso, se habla de las mismas cosas, se juntan y todas se procesan, todas se condenan, se habla de las visitas, siempre de lo mismo.

Yo no aportaba nada, pero conocí otro sistema carcelario, en San Quintín, que funcionaba en forma infrahumana. Me refugié en los libros, los mejores amigos.

Y caí en cuenta de lo que había acá y cambié. No tengo casi amistades, pero una compañera le puede hacer a uno la vida más fácil. Lo que me da muy duro, fuera de no tener a mi familia, es que me abran las cartas, algo que es tan personal. Y por la noche, cuando me encierran en la celda, cuando me echan candado, si me siento como en un cajón".

La cárcel es una experiencia más en la vida. Se generaliza la imagen de las prisiones como si fuera lo peor del mundo. Aquí es distinto, es como una clínica de reposo, un internado. Aquí se resuelven las cosas. También aquí es 'diciendo, haciendo y listo'. Interna. 24 años de edad.

## Huellas y gemelas

"Fue un jueves. Estaba muy aburrida. Llamaron por citófono al centro. Dijeron que me presentara en la guardia. Salía en libertad. Lloré de alegría. No tuve valor para despedirme de mis compañeras, me parecía como humillarlas, como gozar con el sufrimiento de las que se quedaban.

Estuve seis meses. Entré por hurto y falsedad de cheque. Llegué, con los meros chiros, antes de Navidad. Estaban haciendo los arreglos; nos tocaron misas de gallo, matada de marrano, piscina y fogata. Allí encontré una compañera, una profesora y a Dios. Estudié tercero de bachillerato y me arreglé la dentadura. Era hasta bueno. Los domingos iban muchachos a jugar basketbol. Trabajé puliendo rollos de paño, pero ganaba muy poquito; diez pesos por rollo y uno hacía tres en un día. Después, haciendo cilindros y ahí sí, ganaba dos y tres mil pesos semanales.

Cuando salía una para remisión la requisaban; las orejas, el pelo, los brazos, el seno; todo. A veces le quitaban la ropa. No dejaban ni un punto sin ver. A unas les miraban hasta los puentes. La comida de los comisos la desmenuzaban toda revisándola. Por hacer favores, me dejaban sin visita o me la acortaban, porque me ponía a lavarle o aplancharle la ropa a otra que me pagaba para que le hiciera eso. Nunca me llevaron al calabozo, pero sí se oían los gritos de la gente que estaba allá. Contaban una historia por allá de una señora que estaba metida en un calabozo había muerto en un parto y había dejado la huella de la mano con sangre en la pared. Y que por más que pinten eso, la huella vuelve a aparecer.

De pronto me echaban piropos pero, en general, no me molesta. Sólo una, al principio, que me llevaba como mucha gana para pegarme y me amenazaba que me iba a chuzar. Una de otro patio, que perseguía a una compañera, me ponía de razonera; que le dijera que se dejara ver, que la quería. Un día me tocó ver a unas besándose y desnudándose. Había una que se metía detrás de una caneca en el cuarto de aseo, con una pastillita como de mejoral y se trababa. Pero yo no oía ni veía nada. Allá decían: coma callada.

Me levantaba a las siete. No falté ni un día a misa. A veces ayudaba a arreglarle el uniforme al padre. A hacer el aseo del centro, limpiar ollas, planchar. Nos entreteníamos con dos hijos de una chocoanita, muy lindos. Trabajaba, almorzaba -las ensaladas eran muy buenas; la comida en general; decían que a veces le echaban formol para que engordáramos, pero nunca me supo raro ni a nada-, estudiaba, rezaba el rosario y a las ocho estaba durmiendo. Los sábados compraba parva. Nos poníamos uniforme para las visitas -faldas negras y granate, blusas crema, blancas y rojas-. Cuentan que una gemela se las arreglaba para cambiarse con una hermana cuando la visitaba, y se turnaban para estar en la cárcel.

Antes de ir a prisión bailaba mucho era muy loca y calavera; hacia sufrir a mi mamá. Pero cambié. Ahora aprecio el hogar, a mis

padres. Me pasó eso y tuve oportunidad de recapacitar; si no, a lo mejor estaría por ahí, sería hasta una prostituta. Después trabajé pero cerraron la empresa. De pronto veo gente que entré acá, me Bellavista y piensa en venganza. La sociedad lo vive señalando a uno. Vecinos o amigos, de pronto discuten con uno y le dicen... 'y usted qué, si usted es una presidiaria'. Yo porque no tengo corazón para decirles nada. Pero el que juzga es el de arriba". Egresada. 24 años.

## ¿Qué me miras?

"Me casé a los 14 años. Tengo tres hijos. Estaba muy joven y no supe aprovechar lo bueno que me dieron en casa. Actuaba muy a la loca; era muy rebelde y grosera. La primera vez que entré acá, no me quería ir. Vivía en una casa que era de mi papá y me la quitaron. Mientras estaba en la cárcel, mi marido vendió todos los muebles. Me quedé sin nada.

"Cuando volví a caer me dio muy duro. Entré a Familiar y en ese centro la convivencia es muy dura, hay mucha revoltura. Cuando entré dije una: 'llegó un comiso (regalo que traen los parientes y amigos), deci un número... Te lo ganaste'. Estaba uno así y alguien le decía: '¿Y vos qué me mirás?'. Me pegaban y me quedaba quieta. Una vez pelé y me metieron 35 días en el calabozo. Tiene colchón y baño, pero es muy duro, porque uno se siente completamente aislado. Eso sí, nadie me compraba...nadie me compra con un tinto o un muslo de pollo; no me voy a dejar manipular. Ya es distinto, hasta me quieren. Consigo algo y reparto. Hay que ignorar mucho para vivir en paz.

¿Qué voy a hacer cuando salga?... Ya he madurado, he aprovechado este tiempo para saber que yo valgo. Voy por mis hijos -donde están no están bien- y, aunque sea en el suelo, voy a estar con ellos y a buscar recursos. Me faltan dos años para salir, pero no me preocupa, porque ya encontré mi propia libertad". Interna. 21 años de edad.

## Quedó la esencia

"Primero es miedo... Pero la adaptación depende de uno. Uno hace su propia vida. El cambio de administración más que cambio creo que, hasta ahora, es una prolongación. Las religiosas siempre ponían de antemano lo humano, nos dejaron la moral, que es lo esencial y que no lo podemos dejar caer". Interna. 20 años de edad.